

luis wassman

EL EGO CONTRA LAS FUERZAS DE LA GRAVEDAD

Hoy he paseado por Madrid en continuas flexión y torsión de mi sufrido cuello y me he arriesgado una vez más a constatar que el amor a la arquitectura urbana es incompatible con los excrementos de los perros. Porque digo yo que deberíamos contar a los felices propietarios de los (¿felices?) canes que ya los romanos inventaron el alcantarillado y con éste la posibilidad de vivir juntos sin infectarnos con nuestros deshechos y así surgió la sugestiva idea de vivir juntos y muchos y así se inventó la ciudad y por lo tanto la cultura que es siempre urbana. La cultura como producto del alcantarillado. Y así el dueño del mejor amigo del hombre, al ignorar la existencia de los albañales está negando la esencia de la civilización y desde luego, lo que nos ocupa, la posibilidad de mirar sin peligro la arquitectura de la ciudad.

Y a pesar de toda esta dificultad excremental, he mirado una y otra vez la magnificencia de la arquitectura que nos invade, normalmente fruto y producto de los responsables de unas instituciones oficiales o casi que pretenden dejar huella de su excepcional (o casi, también) paso por los enmoquetados despachos de turno.

Y algo ha empezado a alertarme, algo me ha hecho plantearme esta reflexión. No he podido recordar bien quién fue (¿Christopher Alexander, acaso?) ni tenía a mano su delicioso libro (¿"Ensayo sobre la síntesis de la forma", podría ser?) pero sí he estado seguro de que este o algún otro teórico nos descubrió el concepto de la "pérdida de la inocencia".

Nos contaba que la arquitectura y el diseño fueron en principio, y como consecuencia de su estructura intuitiva, inocentes en cuanto anónimos (sin autor conocido) y funcionales (es decir, portando consigo el concepto primario de la ética del diseño como "lo que satisface las necesidades"). Es decir, sin mayores concesiones a la forma que las que su propia entidad como

artefacto le demandaban. Luego, los procesos lógicos y el desarrollo de la autoconciencia del creador (y del promotor, claro), provocaron la pérdida de esa inocencia. ¿Nació así la arquitectura?

El mecanismo contemporáneo es sencillo y en absoluto inocente. Dirigente institucional que maneja un presupuesto de vértigo, generalmente propiedad de alguna colectividad que lo y le paga, decide dejar impronta de su gestión en cualquier plaza o hito, avenida o esquina. Y llama al mejor, que si viste de negro mejor y si se le caen los aeropuertos mejor porque es el mejor y a él no le pueden pasar esas cosas.

Pero resulta que el mejor perdió, ¡ay! la inocencia hace tiempo y que la situación de autoconciencia, de puro inercia, se ha pasado de la raya y que el ego es ahora el motor de la arquitectura. Y llega ese ego cargado de futuro y con él la gran traición a las fuerzas de la gravedad. Y así surgen esos edificios, muchos de ellos bellos e incluso bellísimos que jalonan nuestras ciudades como hitos de la excelencia y el aquí dejé mi impronta yo, monsieur Ego. Edificios con salvoconducto para salirse de las rasantes con sus marquesinas que invaden las calles, con sus alturas no permitidas por los vigentes planes parciales. Y sobre todo con una frecuente ignorancia de las fuerzas de la gravedad.

Pero la exuberancia del deseo sólo puede ser controlada por la inteligencia y su ética subsiguiente. Y yo me voy preguntando, en mi periplo, si el ego de estos personajes estará, o no, controlado por la ética.

No trato aquí de defender la arquitectura modesta ni barata ni mala. Sólo quisiera señalar que existen unos códigos, basados unos en esa extraña característica de la fuerza de la gravedad, que tiene la manía de trabajar y desarrollarse en vertical, tan tozuda y basados los otros en las normativas urbanísticas, tan importante para la convivencia como las cloacas.

Pero hay algo que me avisa de que estos edificios

no se llevan bien con su entorno, porque lo ignoran o porque no lo respetan, acaso porque lo desprecian.

Luego he paseado por Burdeos, bendita ciudad que ha visto y sigue viendo el paso de un ángel exterminador de suciedades, descubridor de magníficas piezas arquitectónicas, y renovador de estructuras urbanísticas de primer orden. Y he reparado en el nuevo Palacio de Justicia, tan cerca de la soberbia catedral gótica, y rodeado de esta piedra maravillosa que tiñe de calidad y calidez fachadas y pavimentos haciendo del paseo un verdadero placer de sorprendente reencuentro con aquella ciudad de cochambre que almacenaba mi memoria.

Este Palacio es, otra vez, una demostración del ego del autor. Debió de pensar éste que si esta es zona vinícola y líder en eso y tenía que equiparse de un palacio para administrar la justicia, qué mejor síntesis dialéctica que dar forma de grande, de inmensa barrica de vino a las salas de vistas. Y así se han trasdosado y así se ve desde la calle y así se obliga al pobre acusado que pronto será condenado aunque no siempre, a ser juzgado dentro de una gran y extraña pieza o trozo de edificio que recuerda a la vieja profesión de su abuelo, porque aquí, al parecer, casi todos los abuelos hacían vino.

Así que las citadas barricas en las que dentro, en lugar de vino hay imputados, salen del edificio como inmensos granos y se comunican a este por unas escaleras metálicas a la intemperie que hacen de este Palacio de Justicia algo verdaderamente vinícola. Eso.

Esa es mi crítica y ese el motivo de estas líneas. El kitsch no es nuevo ni de nuestros días ni de otros por ser eterno. Lo nuevo o reciente es la aplicación abusiva, sin control inteligente y por lo tanto ético, del ego del creador a la obra arquitectónica. Porque aunque ésta sea a veces una bella sinfonía, es ésta desde luego y siempre, perfectamente autista.

domingo garcía-pozuelo asíns

LA RESTAURACIÓN MONUMENTAL EN LA ESPAÑA DE LAS AUTONOMÍAS EL PAPEL DE LAS COMUNIDADES AUTÓNOMAS

La extendida creencia en la reencarnación y la fascinación por la vuelta atrás en el tiempo, suscita un gran interés por la recuperación del pasado.

Marcel Proust calificó como "una tarea vana intentar recobrar el pasado que se esconde, más allá del alcance del intelecto, en algún objeto material".

El pasado es en gran parte un producto del presente; todos nosotros continuamente damos nueva forma a la memoria, reescribimos la historia, rehacemos las reliquias.

Pierre Lotí, emocionado por la vida en la medina de Fez, escribía en 1889: "Oh! Magreb oscuro, permanece aún largo tiempo cercado por las murallas, impenetrable a las cosas modernas, vuelve las espaldas a Europa y detente en las cosas del pasado".

Ahora bien, con estos conceptos esbozados en estas primeras palabras, no pretendo establecer unos puntos de partida como meros axiomas retóricos extraídos de mis propias dudas ante una sociedad que manifiesta, con demasiada frecuencia, una defensa muy primigenia del patrimonio, basándose exclusivamente en una nostalgia, cuyo verdadero sentido etimológico proviene del griego "nosos" regreso a la tierra natal y de "algos" sufrir o penar.

Lo que trato es de perfilar mis intenciones que no son otras que las de una actitud crítica ante una sociedad que en estos 25 últimos años, ha concluido en un proceso que a modo de mancha de aceite,

ha ido empapando la conciencia de la sociedad, y está calando en una predisposición retrógrada por la que se exige a los arquitectos, quedarnos estancados en un continuo recordar la historia, el pasado, los ancestros, para asemejarse a una tierra natal ensoñada, pero no como referencia culta, sino como un anclarse no evolutivo en aquellas formas de vida que pudieron darse, y de las cuales hemos idealizado su contexto ignorando o excluyendo lo más crudo y cruel.

¿Alguna restauración que suponga según los parámetros de perfección metodológica, tal y como ahora la entendemos, incluye entre sus principios teóricos toda la sociedad, todas las guerras, la injusticia social, incluso el cólera, la viruela, la horca y la esclavitud?

¡No, evidentemente!

¿Pretendemos acaso los arquitectos recuperar una Arcadia feliz en cada monumento, ignorando el desgaste del tiempo, la soledad, el atraso, las torpezas arquitectónicas que en muchos monumentos se cometieron?

¡No, igualmente!

Tiene por tanto razón Susan Sontag cuando escribe que: "la devoción por el pasado es una de las formas más desastrosas de amor no correspondido".

Y ese es el verdadero drama de este ejercicio profesional, cuyas tramas conceptuales, se han basado fundamentalmente en un perfeccionamiento metodológico a lo largo de estos últimos 25 años, y que frente a él se encuentra con un coro de en-

soñaciones que por lo general se basan en una nostalgia, es decir, insisto, de "regreso a la tierra natal", al "nosos" desde un "algos" o "penar" por esta sociedad que por culpa de los que intervenimos en el patrimonio histórico edificado, cargamos de penurias sentimentales a los que se erigen como verdaderos artífices de la defensa de un pasado, cuya realidad, tal y como apuntaba en líneas anteriores, se ha idealizado, desde un posicionamiento que equivoca las evocaciones sobre paisajes que nunca conocimos, pero que habríamos deseado tener, y que incluso mezcla creencias religiosas de "reencarnaciones", junto a la fascinación por la vuelta atrás en el tiempo, suscitando todo ello un desmedido interés por la recuperación no del pasado genérico, sino de un pasado imaginario o imaginado.

Todos o casi todos recordamos los inicios de la democracia, la euforia arquitectónica desde parámetros de modernidad, que eran aplicados de forma indiscriminada, incluso abusiva, a los monumentos, en los que por cierto, el abandono, la carencia de medios económicos tras largos años de dictadura, la falta de voluntad política para preservar el pasado arquitectónico, hacía que el campo de actuación fuera enormemente extenso.

Aquellos aires de imponer arquitectura rabiosamente contemporánea sobre cada una de las piedras históricas, produjeron numerosos errores, no sólo conceptuales, sino también arquitectónicos y consistentemente constructivos.

Pero la forma de intervenir se fundó en la valentía, el entusiasmo, el arrojo arquitectónico, desde una clarísima voluntad de romper con el pasado más inmediato, con aquella rémora o lastre en el que todo era rancio, oscuro, como de luto permanente.

Pero he aquí que aquel entusiasmo creativo, no exento de una cierta ignorancia metodológica, aquel suplir las carencias conceptuales y legislativas de entonces, se fue quebrando poco a poco, hasta instaurarse un renovado complejo de temor que ha acuñado términos tales como "depredadores de la historia" o "despellejadores de los monumentos", para lograr estancar cualquier atisbo de reinterpretación del pasado, tratando de imponer los parámetros conceptuales menos evolucionados, en una clara y subrepticia recuperación de los más turbios planteamientos Ruskinianos.

El resultado por tanto más arraigado que deduzco de estos 25 años de asunción de competencias por parte de las Comunidades Autónomas, es el del miedo.

Y por qué aludo al miedo en mi anterior aserto, pues por una deducción obtenida desde la observación paciente sobre la evolución de la relación de los arquitectos con las administraciones autonómicas, siempre claro referido al tema de los proyectos sobre patrimonio histórico.

Necesito hacer en este punto de mi reflexión una breve cita que me ayudará a exponer mis argumentos, y es la siguiente: (continúa en pág. 2)

"Más se precisa hoy para ser sabio que antiguamente para formar siete, y más se necesita para tratar con un solo hombre en estos tiempos que con todo un pueblo en el pasado"

Quien así se expresaba era Baltasar Gracián, nada menos que en 1647, que es cuando publicó su obra "El Arte de la Prudencia", y que en su primer aforismo ya nos hace reflexionar sobre la vigencia de lo que trato de esbozar.

Es decir, que según mi teoría, lo que se ha instaurado como modo de relación entre los arquitectos y las administraciones autonómicas, a la hora de redactar un proyecto de intervención en un edificio histórico, sea para restaurarlo en el sentido más respetuoso, o para adaptarlo a cualquier nuevo uso, o para consolidarlo estructuralmente, es el miedo, y ese miedo se deriva de la gran confusión que se ha enquistado en el quehacer de la arquitectura, y de modo más acusado en el estado de opinión que se ha generado con relación a lo que es correcto y no lo es, en cuanto a los proyectos de restauración, dicho así de manera amplia y al mismo tiempo genérica.

El arquitecto de manera sorpresiva, inesperada, se ha encontrado como un incauto, que en estos 25 últimos años, ha pasado de ser el responsable de las decisiones arquitectónicas de sus proyectos, a verse literalmente invadido por un cúmulo de filtros, reglas, imposiciones, leyes, prevenciones, incluso de personas que asumen cargos en la administración, a los que igualmente les mueve en muchas ocasiones el miedo (ya que de sus actos de aprobación también se derivan responsabilidades) amén de personalismos que se imponen por el artículo 33, y creo ser lo suficientemente explícito como para no decir a qué lugar del cuerpo humano corresponden de ese artículo que cito.

Y no hablemos de lo que ha supuesto las revanchas personales, las manías, los nepotismos, las purgas, los clanes de militancia partidaria, los corporativismos profesionales, así como la madre de todas las batallas: los intereses económicos, es decir los honorarios, o dicho de otra manera más castiza: "el cocido" que se debe procurar que caigan de un determinado lado.

Pero con todo lo dicho, creo sinceramente que lo más determinante no es lo anterior, sino una circunstancia aun más grave que altera todo análisis racional de nuestra actividad, como un reflejo asimétrico del conjunto de la sociedad; me refiero a la supina ignorancia, teñida de tontuna que empapa a este tiempo inculto, donde la mediocridad cultural, la generalización de la torpeza, otorga validez a ese aforismo popular y chusco por el que se expresa que: *"si los tontos volaran, estaríamos permanentemente con el cielo nublado"*.

Todo el trabajo arquitectónico relacionado con la materia de patrimonio histórico despierta celos, correcciones, aleccionamientos, censuras, y en caso extremos, sentencias que imputan errores conceptuales y que imponen devoluciones a estados prístinos de la obra, previos como es de suponer a la intervención que se proyectó o ejecutó. No es de extrañar por tanto que esté instaurado entre nosotros un cierto hastío ante este panorama, en el que hay que explicar demasiadas cosas, muchas de ellas de tal grado de complejidad, que el sólo intento de darles un cauce de orden literario resulte arduo, y de casi imposible explicación coherente.

La arquitectura es una materia muy compleja, puesto que además de ciencia y conocimiento requiere de ciertas dotes de creatividad que si se dan en alto grado, puede dar resultados asombrosos, de tal modo, que gracias a esos "excesos" es posible hoy amar racionalmente y defender con criterio el pasado arquitectónico puesto que nuestros antecesores bien pudieron expresar sus pensamientos evolucionados, como ruptura conceptual contra el pasado que les era más inmediato, crear nuevas formas, aportar nuevas ideas, nuevos métodos, y finalmente innovar, sin con ello perder la tradición ni acabar con sus ancestros.

Lo que algunas legiones de nostálgicos

buscan con tanto ahínco, es la rememoración o ensoñación del pasado, incluso con el oculto afán si les fuera posible de dar un salto atrás, como en aquella serie televisiva llamada el "túnel del tiempo" en la que jugar con ese concepto tan irreal como es el transporte de la materia, les permitiría, de poderla usar, estar presentes en los acontecimientos que narran o añoran.

Sin embargo, cualquiera de nosotros somos una mezcla de culturas (sin necesidad de ningún salto al vacío), de tiempos tan ajenos a ojos de un ser que vive en el siglo XXI, que nos hacen ser el conjunto de un cúmulo cuasi infinito de indescifrables pasados, de interminables mezclas, de complejos y cambiantes resultados.

Esta elementalidad tan poco defendida, por evidente, me hace afirmarme en la relativización de las ideologías culturales, y admitir con mayor firmeza la imposibilidad de las verdades absolutas.

Dejé por tanto de creer en los axiomas que tanto se dan en la restauración y que han cuajado de manera tan obtusa en las legislaciones al uso, y por extensión en las Comunidades Autónomas.

Comprendí el porqué de mi saturación y hastío de tanta Carta del Restauo, Venecia, Cracovia,..... de tanta limitación, cortapisa, prevención, coacción, imitación, y en definitiva, tanto miedo percibido en una parte importante de la administración, ante el discurrir de la vida, de la actividad creativa, que además no suele ser frecuente que sea promulgada por arquitectos, sino por personas cuya incapacidad para comprender el hecho arquitectónico, es manifiesta.

En el siglo XV un hombre inventó en Florencia la perspectiva: La percepción de la realidad ya nunca será la misma. Ese hombre era el arquitecto Filippo Brunelleschi. Pocas décadas después la imprenta será una realidad a través de otro gran hombre: Gutenberg. A finales de ese siglo se descubre un nuevo continente, un nuevo mundo. Algo más tarde un canónigo llamado Copérnico demostrará que la tierra no es el centro del universo.

¿Que hubiera sido de la sociedad, de nuestro propio tiempo, sin la aportación de Brunelleschi, primer arquitecto que se impuso a los gremios y decidió por sí mismo sin ceder a las maestranzas más que la ejecución de sus decisiones? ¿Hubiéramos tenido la cúpula de Santa María del Fiore?

Las ruinas que algunos aman y que con tanta pasión equivocada se quieren congelar, son artificiales y falsas en su mayoría. Permanecer estancados en un inmovilismo como el que en estos últimos años se nos quiere imponer, es un error.

A veces, sólo a veces, se da el milagro, y la inteligencia aflora en algunos de los informes oficiales de un Jefe de Servicio de una administración autonómica, aliviándonos de este amargo transitar en el que la sociedad contemporánea nos sume: *"dar solución al mantenimiento de una arquitectura monumental deteriorada, exige una actuación importante y justificada, y en esos casos, la superación del concepto arqueológico-romántico mediante la restitución del volumen del elemento perdido, no constituye en sí una novedad en la historia de las restauraciones arqueológicas"*

Este estado de opinión, esta sensación de retraimiento en el que nos hemos colocado los arquitectos ante tan enorme presión mediática y social, está perjudicando seriamente al progreso de la sociedad, que terminará si no ha terminado ya por creer que el modelo de vivienda y de arquitectura al que se debe aspirar, es el de la casa que Patrimonio Nacional ha ejecutado para el Príncipe de Asturias, calificado por lo más granado del diseño como hotel de tres estrellas, aunque bien pensado no se lo que es peor, ya que si lo hubieran calificado como de cinco estrellas aún hubiera sido más hortería.

Este reflejo de lo que podría calificarse como "gusto social imperante", no es tan lejano ni tan ajeno a lo que es el fondo y contenido de lo que mi análisis trata: unas autonomías que en parte son reflejo de lo que impera como supuestos valores locales y que se materializa a través de ese epígrafe ya citado anteriormente de Patri-

monios Nacionales, cuyas connotaciones Berlanguianas son más que evidentes, y que tienen ejemplos claros de la actitud deformante que se ha venido imponiendo de forma más que evidente, y de la que en parte los propios arquitectos somos también culpables.

¿No es manifiestamente retrógrado montar un nuevo juicio con un proyecto sobre patrimonio histórico, tal y como ha sucedido en la intervención en el claustro de los Jerónimos, con auto judicial incluido que exigió la suspensión cautelar de las obras?

¿Desde qué premisas culturales y estéticas se encrespan unos vecinos del citado claustro, siendo ellos moradores de unas viviendas algunas de las cuales son parte del peor gusto y la más mala arquitectura de los años setenta del siglo XX?

No hay más que pasear por ese entorno, si es que alguno duda de mis palabras.

¿Cómo es posible que estemos discerniendo en ámbitos judiciales la reversibilidad de una intervención en ámbito arquitectónico histórico, así como si es o no una reconstrucción, para en su caso exigir la demolición de lo construido?

¿A qué grado de estupidez y de injerencia hemos llegado?

Expresada por tanto esta parte del análisis en lo que se refiere a ese miedo, quiero finalmente dibujar otros aspectos que según mi percepción, se han dado en el trasvase de competencias y responsabilidades a las Comunidades Autónomas.

En primer lugar y por sólo referirme a lo que es materia de intervención en Patrimonio Arquitectónico, hablaré de una circunstancia que me parece evidente, y esta es la de la diarrea legislativa que acontece a cualquiera de las distintas administraciones autonómicas, sean las del artículo 143 o bien las que a sí mismas se llaman históricas, es decir, las del 151 igualmente de la Constitución, lo cual no deja también de tener su punto de morbosidad, hablando como hablo, claro, de intervenciones en patrimonio arquitectónico histórico.

Podría ser interesante establecer un debate en torno a la semántica, sobre esa clasificación política de convertir a unas en históricas y al resto hacerlas ahistóricas o lo que es lo mismo del artículo 143.

Reconozco mi creciente perplejidad ante tanta confusa expresión de la realidad que me circunda.

¿Debiéramos a partir de ahora establecer también en el ámbito de responsabilidad de los arquitectos, si una ruina del patrimonio edificado es del artículo 143 o es por el contrario de región histórica, para así saber con que criterios intervenir?

Bien, como digo, la profusión de legislación que nos invade, que no es más que una justificación absurda, desde el afán por afirmarse unos próceres, cuya capacidad para sentirse permanentemente agraviados me es imposible de cuantificar, y en esto sin distinción entre los que militan en primera división, como los que somos de segunda B o del artículo 143.

Fruto de ello es la promulgación en estos 25 últimos años, de casi 17 Leyes de Patrimonio, algunas de ellas, las más antiguas, de una pobreza conceptual inmensa, y otras, las más recientes, de un alcance que dispersa la interpretación legal, pero que en modo alguno resuelven el complejo mundo de la arquitectura histórica, su salvaguarda, los criterios más necesarios, entre otras cosas por la imposibilidad de llegar a un concepto tan abstracto como es en sí misma la arquitectura, y no olvidemos que el patrimonio histórico es indiscutiblemente arquitectura. ¿Sirve para algo la ley estatal de 1985 ahora? ¿Era tan nefanda la de 1933?

Por otra parte está el descarado comercio que se puede llegar a realizar en torno al patrimonio histórico, las declaraciones de Bienes de Interés Cultural, y no digamos nada de las que conllevan el pomposo término de "Patrimonio de la Humanidad", así como a las investigaciones que sobre yacimientos arqueológicos, o antropológicos, se llevan a cabo como campañas veraniegas.

No dejo de sentir náuseas cada estío cuando vuelven a ponernos en los noticia-

rios, imágenes de restos de homínidos bautizados pomposamente como "homo antecessor", obtenidos en la sima de los huesos, o en otros yacimientos cuyos nombres no dejan de ser netamente reclamos comerciales.

Deben entender que mis náuseas no corresponden a ascos o aprensiones por ver huesos prehistóricos, restos humanos en definitiva.

Particularmente me carga algún que otro investigador que aparece con salacot y que vende su imagen como si de un Livingston en las fuentes de Nilo se tratara.

A ellos acuden los políticos de todo signo y así se nos hace creer que el patrimonio histórico, los yacimientos, se excavan, se protegen, se conservan con el criterio adecuado.

Mi escepticismo es, verano a verano, creciente. Si pudiera hacerse un paralelismo entre el mundo de las figuras del toreo, y la restauración monumental en estos últimos 25 años de autonomías, yo me atrevería entonces a citar a Manolete como perteneciente a las del artículo 151, esto es, los históricos, y a José Tomás como el que pertenece al 143, es decir, a los no históricos.

Dicen los entendidos que éste último, José Tomás, era una réplica de Manolete, y que entre los dos sacralizaron la corrida de toros a fuerza de quitarle adornos, machismo, regocijo y chulería.

Hay que evitar denodadamente creer que el salto de la rana fue toreo o arte.

Hay que evitar igualmente no hacer el salto de la rana con la arquitectura, pero también desacralizar la restauración, y dejar hacer a los que saben, aunque bien sé que esto es un deseo cada vez más imposible.

Así como en la iglesia se hicieron reformas y contrarreformas (aunque finalmente siempre se mantienen en sus mismos parámetros hipócritas) es imprescindible realizar en restauración la contrarreforma de las ideas, romper con este arcaizante estado de principios teóricos que se enquistan en el inmovilismo más espeso.

Finalmente quiero exponer algo a favor de este tiempo, y es la cercanía que se ha producido con los problemas de patrimonio mueble e inmueble. La necesidad derivada de justificar ante los electores de autonomías, inversiones, protección, restauración, recuperación de memorias añejas, que insisto, se usan como materia de comercio electoral, pero que es cierto, han dado un resultado nada desdeñable de intervenciones y de conservación de edificios cuyo abandono era manifiesto.

También es cierto por el contrario que la contratación de una parte de esos proyectos y direcciones de obra se han incluido en las llamadas UTEs, o lo que es lo mismo, Unión Temporal de Empresarios.

¿Desde cuando un arquitecto en el ejercicio liberal de su profesión, que se entrega a este duro trabajo que es el patrimonio histórico, se puede asimilar a un empresario? En fin, transcribo unas líneas de uno de los relatos más emocionantes que he leído nunca:

"Emergi a una suerte de plazoleta; mejor dicho, de patio. Lo rodeaba un solo edificio de forma irregular y altura variable; a ese edificio heterogéneo pertenecían las diversas cúpulas y columnas."

Antes que ningún otro rasgo de ese monumento increíble, me suspendió lo antiquísimo de su fábrica. Sentí que era anterior a los hombres, anterior a la tierra. Esa notoria antigüedad me pareció adecuada al trabajo de obreros inmortales. Cautelosamente al principio, con indiferencia después, con desesperación al fin, erré por escaleras y pavimentos del inextricable palacio. (Después averigüé que eran inconstantes la extensión y la altura de los peldaños, hecho que me hizo comprender la singular fatiga que me infundieron.) Este palacio es fábrica de los dioses, pensé primeramente. Exploré los inhabitados recintos y corregí: los dioses que lo edificaron han muerto. Noté sus peculiaridades y dije: Los dioses que lo edificaron estaban locos....."

De "El Aleph"; Relato de "El inmortal". Jorge Luis Borges.

WASHINGTON

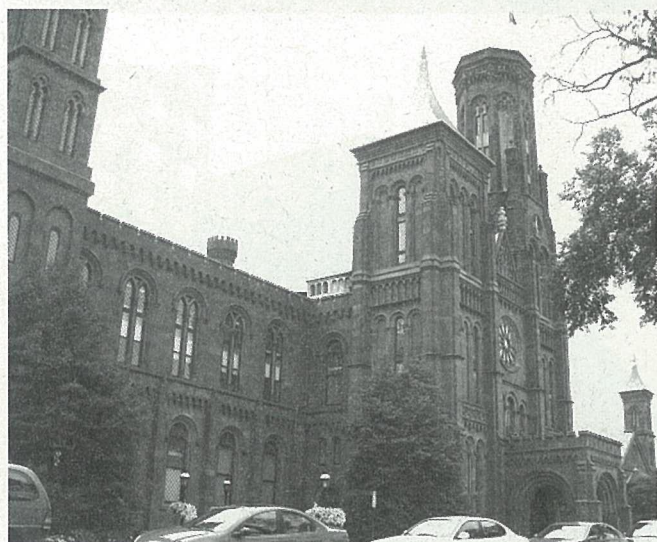
juan diez del corral



1



2



3



4



5

La ciudad de Washington DC es una de las grandes ciudades olvidadas por la crítica de la arquitectura y por los arquitectos interesados en querer entender los misterios de este arte. Y sin embargo, creo yo que debería ocupar un lugar privilegiado en su atención: porque para un arquitecto vivamente interesado en la arquitectura, que el poder se llame Kerry o Bush es un asunto secundario (ya lo siento por el compositor de la canción publicada en el anterior hC...), pues la expresión más decisiva del Poder sobre la ciudad y el territorio no es un asunto limitado a los ídolos personales (tema que ocupa a toda la prensa política mundial que, por eso mismo, ya no es otra cosa que prensa rosa) sino un asunto de más profundo calado cuya interpretación bien puede pasar por la reflexión arquitectónica. Si la Capital del Mundo es Washington DC, y en eso parecía coincidir todo el mundo (por lo menos antes de las elecciones...) ¿cómo es que a los arquitectos nos interesa tan poco esa ciudad?

Como tuve la suerte de pasar toda una semana en una casa de Washington DC durante el pasado verano, y como me vi enormemente sorprendido por las características arquitectónicas de esa ciudad, he pensado que quizás podría contar algo de todo ello a los lectores de esta hojilla, e ilustrárselo con algunas de las fotos que hice. Que de claro que no soy ningún experto en la ciudad y que no la he estudiado más allá de lo que dan una semana de visita y la lectura de unos pocos libros. No trato pues de escribir una guía, ni una tesis, ni un tratado de historia, sino sólo un articulillo para elhAll.

Preparativos

Como preparación a mi viaje intenté leer por enésima vez "Lincoln", una de las peores novelas de Gore Vidal; tan mala, que en cuanto conseguí situarme en el decorado, volví abandonarla una vez más. Por lo menos me que-

dé en la memoria con la pintura de una ciudad de calles destartaladas y embarradas; con el Hotel Willard cercano a la Casa Blanca, donde hospedaron al recién elegido presidente Abraham Lincoln como a un perseguido; y con las explanadas del Capitolio donde dio el discurso inaugural de la presidencia a una población rodeada de batallones de soldados expectantes ante un futuro incierto. Abandonado Gore Vidal (que por el apellido y el antibushismo pudiera ser pariente del autor de la canción mencionada...) el personaje de John Hay, secretario de Lincoln, que aparece en la novela repetidamente, me llevó al de su íntimo amigo Henry Adams, por lo que volví a retomar la también abandonada lectura de "La educación de Henry Adams", libro que describe mejor los valores de una época que su decorado. De mi formación urbanística saqué el plano de L'Enfant (foto 1) para Washington de 1791, y con tan escaso bagaje cultural y una guía turística de esas en la que todo es picoteo plano y sinsustancia, me llegué a la capital del mundo.

El alma de la ciudad

Una vez superados los gigantescos extrarradios y los cruces de autopistas que envuelven de un modo anodino y similar a cualquier ciudad de norteamérica (o de cualquier país ya) en llegando al centro, la primera impresión fuerte fue la de las proporciones del Mall. Debo decir que las primeras impresiones de las ciudades me causan siempre una huella muy profunda. No acierto a saber si es un asunto subjetivo o es algo fundamental pero lo que retengo con especial intensidad de todas las ciudades que he visto en mi vida, son siempre las primeras imágenes, los primeros momentos de la llegada.

La gran explanada verde que articula la ciudad, hoy Capital del Mundo, es un espacio verdaderamente único

y desproporcionado; gigantesco (2). En primera instancia lo recorrimos en coche por sus laterales, claro está, y la sensación que daba la gente que paseaba por el césped o las aceras era de pena o desolación. A la memoria me vinieron rápidamente algunas imágenes de las históricas manifestaciones multitudinarias que allí se habían celebrado en los últimos cincuenta años: la de los derechos de los negros con Martín Luther King a la cabeza, las de la oposición a la Guerra de Vietnam en tiempos de Johnson o las concentraciones contraculturales de hippies que salían en la película Forrest Gump. Ese espacio parecía pensado para eso, pensé, así que los caminantes por el parque se me antojaron figuras perdidas en busca de los autobuses después de una manifestación. La primera sensación que tuve es la de que no quería bajar del coche para andar y sentirme perdido en ese espacio tan inhumano.

Con el mapa y la guía en la mano descubro que, además de los hitos del poder en estilo greek revival que jalonan ese vasto espacio, los laterales del Mall (que así se llama, supongo que en recuerdo de aquel otro Mall londinense tan distinto y de proporciones tan domésticas), los laterales del Mall, digo, están efectivamente flanqueados por autobuses, pero no de manifestantes sino de los turistas que descargan en los numerosos, variados y bien dotados museos nacionales que allí se fueron instalando tras la estela del Smithsonian, un curioso edificio de 1855 llamado popularmente "El Castillo" (3). El último de estos museos, -inaugurado en estos mismos días-, está dedicado a los Pueblos y la Cultura de los Indios Americanos (4), y es tan feo que lo que podía ser un homenaje a los exterminados, parece más bien un insulto (la fachada trasera ya salió en las páginas centrales del hC23). Su vecino, el de Aeronáutica (5) no se queda atrás en fealdad arquitectónica, pero como veremos enseguida, la competición por la fealdad en Washington es muchísimo más reñida que unas elecciones presidenciales.



6



7



8



9



10



11



12



13

El músculo

Como los museos no están entre mis aficiones y bajar del coche en el Mall daba miedo, decidí empezar la visita a la ciudad en la más urbana plaza de Lafayette junto a la fachada norte o principal de la Casa Blanca y junto a otro famoso Hotel, el Hay-Adams, resultado de la unión de las casas que H. H. Richardson proyectó para estos célebres amigos. Pero... ¡oh! decepción, de las casas y del viejo hotel ya no queda nada y el edificio clasicista que las sustituyó en 1927 tiene muy poco encanto. Puestos a ver cosas feas, en el lado oeste de la Casa Blanca está uno de los edificios que las guías señalan como de los menos afortunados de la historia de la ciudad, el Old Executive Office Building (6) de 1875 y que aunque es un mamotreto en el que la desproporción entre sus volúmenes y los órdenes clásicos que lo decoran es tan evidente, y el remedo del tejado tipo Louvre tan pueril, visto con la advertencia de la guía, casi que resulta simpático.

Y es que lo peor estaba por llegar; y no muy lejos. Por cualquiera de las calles que te muevas en un radio de un kilómetro desde la casa Blanca hacia el oeste, norte o este, la concentración de edificios postmodernos, fríos, torpes y pretenciosos es tan aplastante (7) que casi añoras la "humanidad" del Mall. Como no daba crédito a lo que veía me puse a disparar fotos a diestro y siniestro para calibrar luego en casa con tranquilidad, la magnitud de la catástrofe (8 a 11). A diferencia de la variedad de alturas tan típica de los caóticos downtown de las ciudades americanas, en Washington parece haber una normativa estricta que limita la altura a los diez o doce pisos, lo que aún da más pesadez a las enormes fachadas de todos esos edificios de oficinas instalados en la proximidad de la casa del máximo mandatario mundial. En la calle tampoco suele

haber mucha gente andando porque los ejecutivos u oficinistas se meten directamente en coche a los parkings de los sótanos y en las plantas bajas apenas hay comercio, así que si en el Mall el ambiente era desolado, aquí es opresivo. ¡Menudo descubrimiento de ciudad! me dije una y otra vez, ¡esto no se ve en ninguna otra parte del mundo! ¡menuda mina para mi catálogo de la fealdad!

Pronto descubres que el postmoderno no es el estilo único y que la cosa viene de atrás, lo mismo de un tardorracionalismo de mallas de hormigón (12) que de fachadas miesianas (13), y que se proyecta hacia delante con fachadas mallas posteriores más depuradas tecnológica y arquitectónicamente (14). Como digo, el muestrario de edificios de este porte es muy abundante, así que lo que aquí se ilustra es tan sólo una pequeña muestra.

Pero si hubiera que destacar dos edificios insignes en esta zona que resumirían el ambiente que trato de pintar, yo diría que uno es el de la sede del FBI (15), cuyo volumen y dureza, verdaderamente dan pavor, y el otro el conjunto de edificios Ronald Reagan (16) que es un enjambre de patios y fachadas clasicistas hechas en los noventa que inunda el espacio más próximo al este de la Casa Blanca confundiendo al urbanista con mayor capacidad de orientación. Por cerrar este capítulo tan espantoso, no estará de más echar un vistazo a la ampliación (1979-86) del famoso y mencionado Hotel Willard (también modificado respecto del original en 1901) para entender esa "virtud" tan postmoderna del "contextualismo" (17).

En busca de los nombres

Llevados del vicio de seguir a los santos (Oh when the saints / go marching in...) nos dedicamos también a

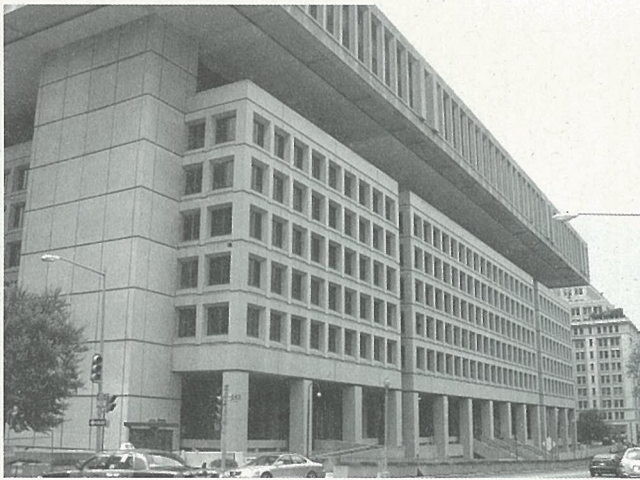
buscar un Mies, un Venturi, un Breuer, y un Pei, que toda guía que se precie da en catalogar como el "museo de la ciudad" o la ciudad como "museo".

El "mies" (Biblioteca Martin Luther King) no emociona más que por el loable empeño de que lean los negros desfavorecidos (18). Por lo visto, cada ciudad americana que se precie tiene su "mies" (vicio éste de coleccionar santos que a nosotros nos ha llegado cuarenta años más tarde), así que en la vecina Baltimore, no tardamos en descubrir que un edificio que se parecía mucho al Seagram de New York, también era un "mies" auténtico. Es decir, que mientras que los tontos de nosotros nos quedamos con lo de "menos es más", el genio de Mies se copiaba a sí mismo sin ningún rubor allá donde le viniera un buen encargo, completando su slogan más o menos así: cuanto menos invento, más me encargan.

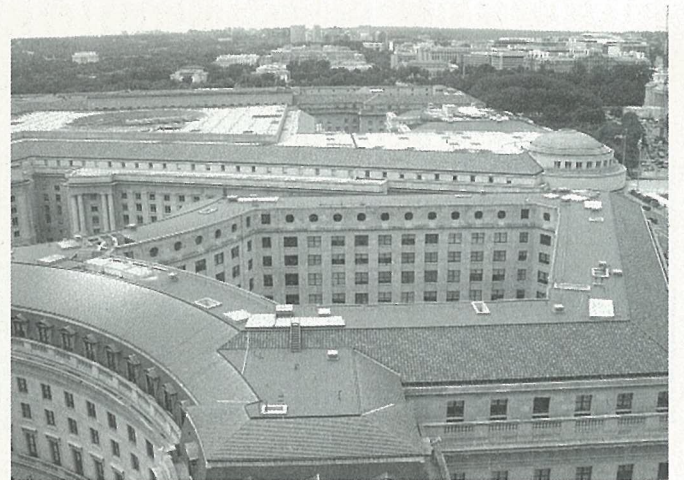
Una de las cosas que me apetecía visitar en Washington era la Freedom Plaza (19) de Venturi situada en la famosa Avenida Pennsylvania tratando de resolver uno de esos difíciles espacios que dejara el plano barroco de L'Enfant. La Avenida Pennsylvania tiene de singular que era el eje visual que conectaba directamente la Casa Blanca y el Capitolio, es decir, los dos edificios más representativos de la ciudad. Y digo conectaba, porque, inexplicablemente, la construcción del Edificio del Tesoro (1836-1869) cortó la perspectiva justo al llegar a la casa Blanca. Pues bien, la plaza de Venturi no es sino un pavimento diseñado como homenaje a la propia ciudad y al propio plano de L'Enfant que en vez de dar vida a la poca vida de la plaza no hace sino museificarla aún más. Así como el cine más empalagoso es ese que no hace sino citarse a sí mismo en las innumerables escenas del cine, la arquitectura más tonta no es otra que la que también se mira al ombligo. Ya lo siento por Venturi, a quien tengo



14



15



16



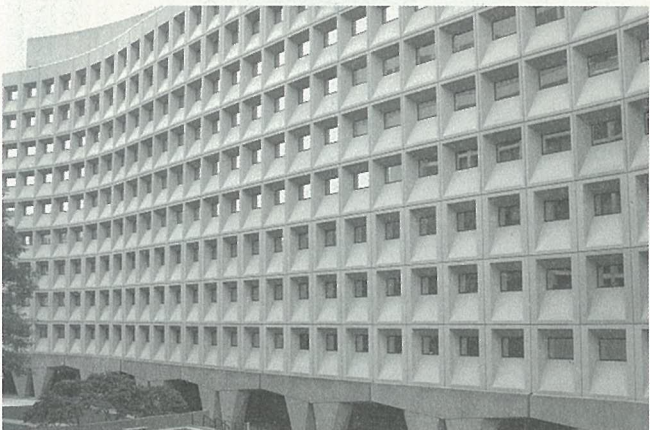
17



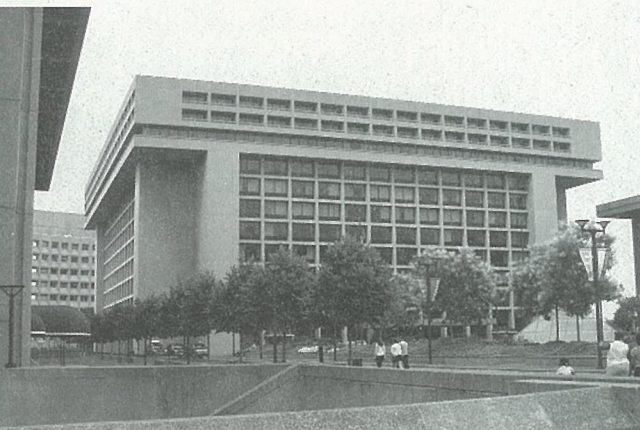
18



19



20



21



22



23



24

en gran aprecio.

Al sur del Mall, y en las avenidas que bajan hacia el río Potomac, busqué también el "Breuer" de Washington. Es un Ministerio de Vivienda y Urbanismo (20), y sus formas en planta y fachadas obedecen a ese brutalismo de hormigones tan antiurbano al que tan aficionado se hizo en su época de broker (véase mi reseña sobre Breuer en hc15 de elhA1177). Los efectos en la zona de tan magistral modo de entender la arquitectura son devastadores (por suerte no hay más espacio aquí para fotos...). Un poco más contenido en el brutalismo, pero tan frío y duro como todo lo que venimos viendo, el famoso y exitoso I.M. Pei deja su firma en un conjunto de pesados edificios de oficinas y hotel que configuran la plaza L'Enfant dedicada al autor del plano de la ciudad (21).

Tras este desfile tan glorioso yo prefiero dejar los san-

tos aquí e invitar, a quien quiera seguir por esa vía, a visitar el American Institute of Architects, donde grabado en piedra (22), al estilo del RIBA londinense, pero con mucha menor tradición, se exponen los nombres de los despachos premiados por la Asociación desde 1962 hasta el mismísimo 2004.

Uniformidad y kitsch

Obviamente, la ciudad que ahora vemos, tan acabada y completa como fría e insustancial, no siempre fue así. Además de la Guía de Arquitectura que siempre hay que comprarse, adquirí también uno de esos libritos de fotografías tan simpáticos que abundan en Norteamérica titulados Past and Present... (de la ciudad que sea). Las imágenes del ejemplar de Washington son abundantes y muy

instructivas pues por un lado muestran el enorme esfuerzo que ha costado que cuajase un espacio representativo de la escala del Mall, y por otro muestran la desaparición del inicial contraste que antes había entre la arquitectura oficial y la arquitectura, digamos que, popular. Para hacernos una idea, y esperando que desde Washington no me reclamen derechos de autor, reproduzco un par de láminas en las que el contraste no sólo tiene que ver con el volumen edificado sino también con el color. Si la ciudad espontánea era multicolor, la ciudad oficial es terriblemente blanca y gris (23 y 24). La única referencia es la torrecita del Old Postal Building en el lado derecho de la foto.

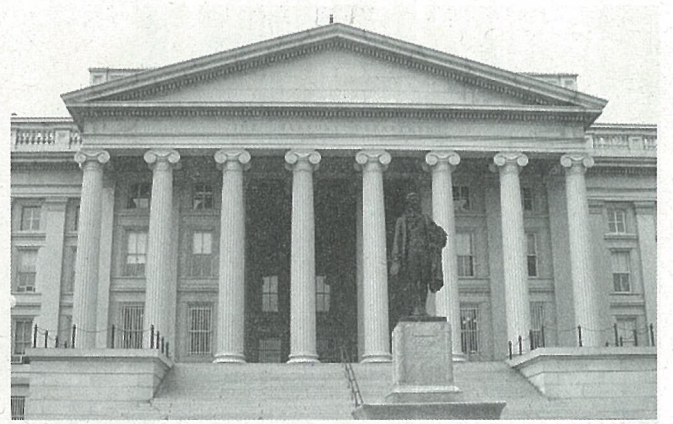
Como cuentan las guías, Washington es una ciudad artificial nacida de un pacto entre caballeros independentistas por la búsqueda de la capital del naciente estado



25



26



27



28



29



30



31



32



33

llamado Estados Unidos de América. Hecho el plano por un francés (faltaría plus) y establecidas las ubicaciones de los edificios más representativos, la principal decisión arquitectónica subsiguiente fue la de hacerlos blancos y en estilo griego. Citaba yo a mi tío Luis Diez del Corral en el artículo Puentes a México del hC23 de elhAll85, que a diferencia del riquísimo legado arquitectónico dejado por los españoles en su imperio, los padres de la patria norteamericana empezaron su singladura independiente en cuatro casuchas de Philadelphia. Así que la decisión de los ilustrados fundadores de la naciente democracia, con Thomas Jefferson a la cabeza, fue la de adoptar un estilo grandilocuente, frío, lejano e intelectual que sirviera de guía arquitectónica de la nueva nación. Pero lo curioso en Washington no es la decisión en sí misma, tan propia de finales del dieciocho. sino su pervivencia a lo largo de los dos siglos siguientes. Por citar la serie de los más edificios más representativos tenemos que la Casa Blanca (25) es de 1792 y el Capitolio (26) de 1793 y 1859. Los edificios de Tesoro (27) de 1836 y 1919. El Lincoln Memorial (28) de 1911 (por cierto, que la gigante figura de Lincoln sentado en su interior que tanto emociona a los norteamericanos, a mí se me antojó una patética diosa Pallas Atenea trasplantada de siglo). El famoso edificio de la Corte Suprema (29) es de 1935, igual que el de los Archivos Nacionales, La National Gallery de 1941 y el Jefferson Memorial (30) de 1943 (!!!!!!!). Es decir, que de ahí a la postmodernidad blanca, fría y pretenciosa no hay más que estirar la mano.

La arquitectura ha ido dando bandazos por todo el mundo en estos dos siglos, pero en Washington parece sin embargo congelada, lo que... , a la vista de lo que se comenta, parece mucho peor. Mientras que lo más fácil para la arquitectura a lo largo de los siglos ha sido representar al Poder Absoluto, desde los Médicis y los Papas hasta los emperadores españoles o los reyes sol franceses, con los poderes democráticos y financieros no parece que la arquitectura contemporánea tenga respuesta.

En la zona norte de la ciudad y de Georgetown, las embajadas de todo el mundo compiten en extravagancia por hacer una arquitectura nacionalista que les represente ante el gran Poder del mundo. El muestrario que trae la guía es para espantar al más animado o... para emocionar a los aficionados al kitsch. A la vista de las fotos que se publicaron en la prensa del caserón estilo "loos" hinchado que Moneo ha dejado recientemente por allí en repre-

sentación española, (y... de mi escaso entusiasmo por las andanzas de mi "maestro") ni que decir tiene que no me molesté en buscarlo.

El impresionante edificio del Pentágono lo vi de lejos (no parece sitio para pasear) y en una ocasión en la que me perdí por las autopistas del Noroeste, en la boscosa ribera izquierda del Potomac descubrí los carteles que señalaban las entradas (restringida al personal autorizado) a la "ciudad" de la CIA. Estaba tan perfectamente oculta en el bosque que sólo los carteles ya daban miedo. Pero arquitectónicamente me los puedo imaginar...

Algunas cosas más que reseñar

Ya que hemos mencionado Georgetown, diré al fatigado lector que se trata de un oasis de vida urbana en esta inhóspita ciudad. Aunque como puede verse por la foto del edificio "Washington Harbour" (31) que abre Georgetown al río, tampoco está libre de calamidades. Otro foco de vida, aunque algo más destartado, es Dupont Circle, uno de los puntos radiales del plano de L'Enfant situado al norte de la Casa Blanca. En el extrarradio pueden encontrarse también algunas zonas con vida. Sólo tuve ocasión de conocer Bethesda, situada muy al norte, donde el ambiente de terrazas y restaurantes no tiene que envidiar al de ninguna ciudad normal y alegre.

Volviendo a los edificios, la famosa Biblioteca del Congreso (la más dotada del mundo, dicen) está instalada detrás del Capitolio en un edificio de estilo ecléctico a la francesa sin mayor interés arquitectónico que su prodigalidad decorativa y el gran espacio de la sala central. No creo que merezca ilustración para la pintura que estoy haciendo aquí.

Pero el que sí la merece, porque me pareció muy curioso y extravagante, es el edificio ¡con fachada de ladrillo rojo! del Museo Nacional de Arquitectura (1882), pues posee un juego de escalas interiores y una mezcla de lenguaje clásico y lenguaje tecnológico de enorme granero, con galerías corredor interiores como las que pintaban Rossi y Grassi, verdaderamente sorprendente (32). Además, contenía varias exposiciones temporales de arquitectura muy interesantes.

Otra curiosidad singular es la de una gran catedral gótica (la sexta más grande del mundo) construida durante este siglo y acabada en 1990, ubicada lo suficientemente

lejos del centro como para no ir.

Lo que si vale la pena visitar es la Gran Estación Central de ferrocarril, del tipo de las grandes estaciones norteamericanas, de las que ya quedan muy pocas (New York, Philadelphia). Es sorprendente cómo conserva su vieja dignidad en el país del transporte por automóvil. Una dignidad que tiene su continuidad en la gran escala y el tratamiento severo (excesivamente severo en la iluminación) de las estaciones del nuevo metro.

Para acabar la visita a Washington nada mejor que ir a los orígenes de su nombre y fundación bajando cincuenta kilómetros hacia el sur para ver en Mount Vermont (33) la hacienda del general de la guerra de la independencia y primer presidente de los Estados Unidos, George Washington. El juego compositivo de huecos en la fachada me hizo recordar los mejores pasajes de Complejidad y Contradicción de Venturi, aunque la anécdota de la visita fue descubrir la divertida imitación de la sillería a partir de la construcción tradicional en madera. El escenario, aguas abajo del río Potomac, es grandioso.

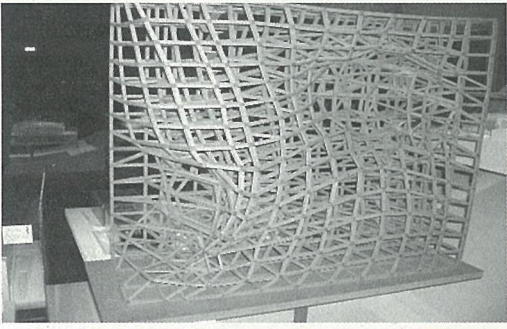
Conclusión

La pintura que aquí hago no tiene nada que ver con el antiamericanismo tan en boga en nuestros medios de comunicación "institucionales" (a mí me encanta Norteamérica) y mucho menos con el antibushismo patológico en que ha caído la sociedad "bien-pensante" española una vez que parece haberse curado del "antiaznarismo" (aunque a muchos todavía les dure después de siete meses). Washington tiene alcalde demócrata desde hace décadas y la victoria de Kerry sobre Bush en las últimas presidenciales en su ámbito territorial fue aplastante, así que es evidente que la progresía de sus gobernantes y de sus habitantes es perfectamente compatible con la pintura urbana tan desolada que he abocetado aquí.

Cuando por la consulta de un médico pasa un paciente con una enfermedad extraña, no voy a decir que se alboroce, pero sí que se interesa vivamente por ello y que incluso llama a los colegas para decírselo y compartirlo. Yo diría que en el caso de Washington me pasa algo similar: me parece una ciudad muchísimo más interesante para la visita y el estudio del arquitecto interesado en los problemas de la arquitectura de su tiempo, que muchas otras de las que se visitan con asiduidad.

pepe garrido

MAQUETAS



Ultimamente he visto muchas maquetas. En cada exposición que he visitado, sea aquí en Logroño, o en cualquier otra ciudad española o del extranjero; sean exposiciones monográficas dedicadas a un autor, (arquitecto, arquitecto o arquitecto), o a un tema concreto; sean exposiciones colectivas recogiendo las distintas propuestas para cualquier concurso, o la selección que el comisario o director de cada una ha seleccionado para el evento, es difícil que no proliferen con abundancia, hasta la saciedad, las maquetas.

Maquetas de todo tipo, reflejando con las más pequeñas escalas las propuestas de ordenación territorial o la implantación de edificios normalmente singulares en el territorio, o en el paisaje, o más genéricamente en la topografía; con las escalas intermedias las tramas y el caserío de fragmentos de ciudad, o la inserción en su contexto urbano de los edificios protagonistas; y con las escalas mayores los propios edificios proyectados, variando mucho en estas últimas el grado de detalle que en cada momento se quiere mostrar.

Podría extenderme en la disección repasando los materiales con que se fabrican, desde la humilde cartulina sometida al corta y pega, hasta bloques de fundición que las convierte en piezas escultóricas que integrarían con decoro exposiciones de esta otra faceta del arte; o bien sus colores, que pueden responder a un ansia de realismo, a representaciones del esquema organizativo que rige la funcionalidad del edificio, o sencillamente al propio del material con que están hechas.

Del mismo modo, que recuerdo la representación parcial de determinados aspectos del todo edificatorio, en función del peso que ese fragmento tenga con relación al objeto considerado en su integridad. De este tipo son las maquetas que representan estructuras, normalmente mega estructuras, que acaparan para sí el protagonismo del edificio y no distan mucho de ser también fieles representaciones de la realidad.

En todo caso, o mejor en todos los casos, y hasta no hace mucho, la maqueta era sencillamente un complemento para hacer entender al profano la propuesta que se reflejaba en los planos, en la representación bidimensional de la propuesta, fuese arquitectónica o urbanística, si se me permite hacer esta doble mención, esta diferenciación.

Hoy día, sin embargo y con seguridad, la maqueta es un modo de representación imprescindible, ya que se ha convertido en la primera materialización del diseño tridimensional. Ese nuevo modo de proyectar que ha arraigado tanto como el uso del ordenador y al alimón con él.

Quien proyecta en 3D no puede quedar frustrado al ver reducido su volumen, virtualmente apreciable en la pantalla del equipo informático, a una mera representación en el papel, en 2D. No puede permitir la pérdida de esa dimensión, no puede soportar la amputación. Eso, en su pensamiento, si que sería ir en contra de la ética, de la modernidad y si apuro el argumento, vistos los tiempos presentes, de la religión.

Ese nuevo modo de proyectar que confunde la herramienta con la imaginación, que hace alarde inmoral del derroche de ésta, con propuestas deslumbrantes donde no pueden faltar ni las curvas ni los alabeos, ni las abolladuras ni las protuberancias. Y como estas propuestas, a menudo, no pasan de serlo, antes de que queden abortadas en el papel exigen la existencia de una primera aproximación, la ejecución de una maqueta.

Maqueta sin la que ni propios ni extraños, ni expertos ni legos, comprenderíamos la enjundia del proyecto, de su fantasía.

Curiosamente, es con el empleo de los ordenadores, herramientas con las que tan fácil es dibujar líneas perfectamente rectas y otras absolutamente perpendiculares, y con sus programas clónicos, iguales en todos los estudios y países, con los que más ha germinado la idea, absurda idea, de asociar el volumen con formas tuberculosas (de tubérculo, patata) de incierta geometría.

Y sin embargo era antes, en el arcaísmo de la modernidad, cuando nos empeñábamos en que todo, o casi, fuese ortogonal, con lo sencillo que era que por descuido se moviese la regla o las escuadras, y adiós ortogonalidad. Y lo fácil que hubiera sido entonces el empleo de la curva, a mano alzada y a sentimiento, que hubiese dado mucho más juego. Hubiese resultado mucho más artístico.

De vuelta a las maquetas, que ya sabemos imprescindibles. También en ellas, y centrándonos en las maquetas de tubérculos, recibimos no sólo la percepción del cuerpo proyectado, sino las dificultades de aquello que se avecina, de materializar el edificio, de construirlo.

Se puede presagiar aquello que quienes pudimos presenciar el Guggenheim de Bilbao en construcción, viéndole las tripas constatamos de cuerpo presente, que la exactitud de los ordenadores y de sus cálculos habían dado paso a la mejor práctica de la "recta astuta" y el "punto gordo", argucias sin las que hubiese sido imposible levantarlo de sus cimientos.

Y en las maquetas, como en los edificios, también se aprecia la diferencia entre aquellas que corresponden a propuestas, quizá representaciones de sueños alucinados, pero por lo menos imaginativas y originales, de aquellas correspondientes a las cortes de seguidores de las estrellas-gurú de la arquitectura, en las que la analogía y el catálogo formal se emplean por simple mimetismo, sin más reflexión ni ética que la de estar a la última.

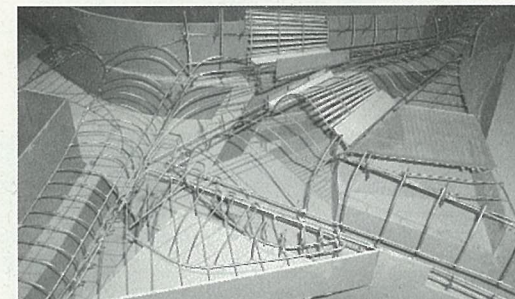
Maquetas en las que ya se aprecia la extrema dificultad de adaptar la ortogonalidad o la planitud de los materiales de construcción a las ondulaciones del proyecto, o de resolver los encuentros entre distintas superficies y barras, todos diferentes, presagando la exigencia del diseño de piezas singulares para cada uno de ellos, o labores artesanales de ensamblaje que sólo son un contrasentido con el desarrollo de la industria que auxilia a la construcción, más orientada a la estandarización. Esto en las maquetas se refleja en las tensiones que hacen que se despeguen las cartulinas o en la gota gorda para unir los alambres de la estructura, por citar dos ejemplos.

Y así las maquetas, que se presentan como aliadas, como aval, de estas malformaciones arquitectónicas, se convierten en denunciantes de las propuestas que acompañan, impidiendo en muchos casos la indecencia moral que supondría su ejecución. El despilfarro que representan no puede seguir teniendo cabida en la práctica arquitectónica futura ni presente. No es ético. No es admisible.

Las fallas, por favor, que sigan siendo sólo de cartón. Espero que la insistencia en este argumento, lo consiga.

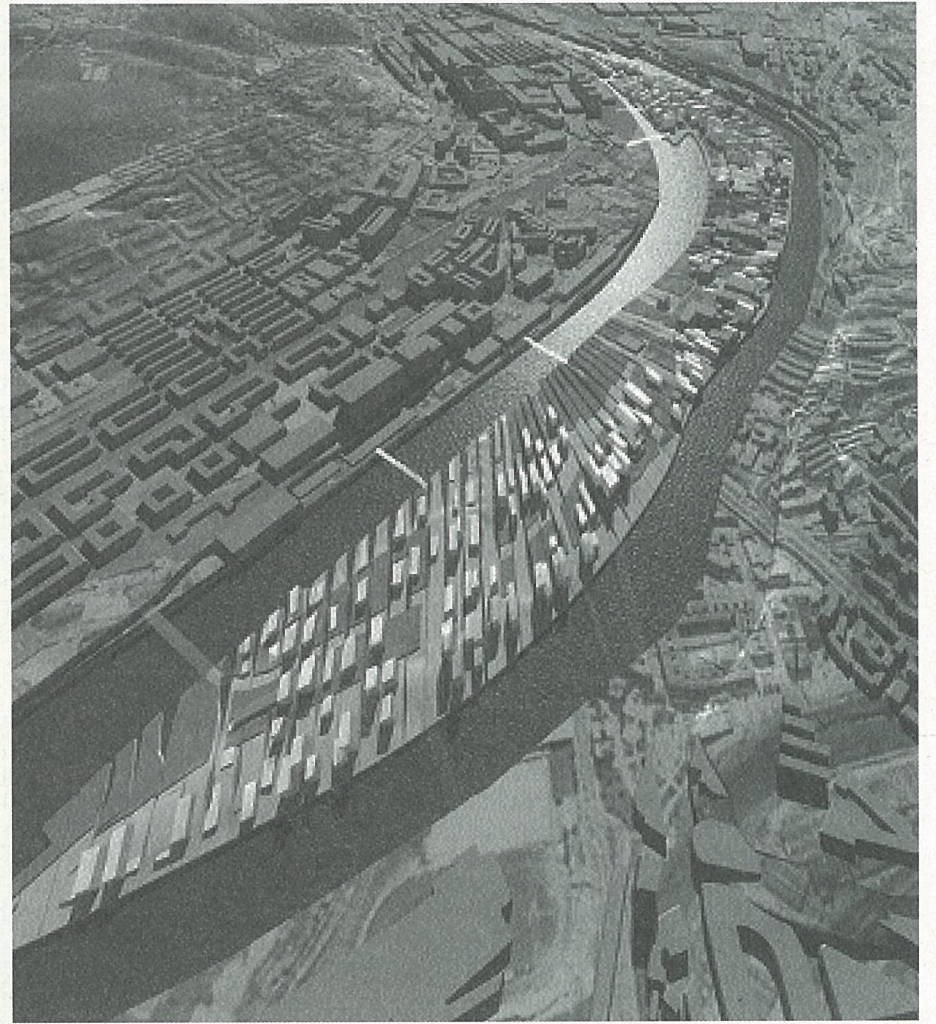
"Recta astuta": Dícese de aquella que es capaz de pasar por tres puntos no alineados.

"Punto gordo": Dícese de aquel por el que pueden pasar varias, muchas, rectas paralelas.



enrique aranzubía

ZAHA HADID EN BILBAO



Zaha Hadid ha realizado el masterplan conceptual para la península de Zorrotzaurre en Bilbao en una larga curva de la ría del Nervión de más de 3 Km de longitud y 60 hectáreas de superficie. Este antiguo puerto y área industrial se convertirán en hogar para cerca de 15.000 nuevos residentes y suministrará estudios, oficinas y espacios de trabajo, para cerca de 6.000 personas.

Zorrotzaurre ha estado siempre separado de sus barrios vecinos por un canal abierto con objeto de alargar el desarrollo del puerto durante los momentos de máximo apogeo industrial. En la propuesta de Zaha Hadid el canal será prolongado para favorecer el control de inundaciones de las mareas. Esto hará de Zorrotzaurre una isla, ocupando una estratégica posición en la futura expansión de la ciudad y en la integración de la ciudad-región.

Zaha Hadid ha respondido a este reto definiendo una densa y dramática fábrica urbana y un valiente acceso a una gran infraestructura. El frente del agua subrayará el significado de su natural y estratégica posición.

El plan permite que el carácter abrupto de la topografía de los alrededores de Zorrotzaurre y la amplia curva del Nervión influya sutilmente la red urbana existente de Bilbao. La alineación de las edificaciones resultantes genera un suelo texturizado que se extiende como un manto por todo el área de actuación, en un intento por conformar a la pequeña escala de la fábrica existente y también intentando expandir esa respuesta a los demás espacios abiertos. De esta manera el plan se acomoda de igual forma a edificios históricos y a la nueva trama urbana, uniéndose ambas márgenes con el elemento integrador del agua.

El skyline futuro de Zorrotzaurre presenta un dramático perfil dentado, prevaleciendo la verticalidad, como una reminiscencia de otros densos frentes de agua construidos por el mundo y que están en nuestra memoria.

Zorrotzaurre estará integrado con sus vecinos en ambas orillas del Nervión por una apasionante secuencia de puentes. Esto permitirá al río mismo convertirse en una parte llena de significado para la vida diaria de las comunidades locales estableciendo una espina central de actividad corriendo a través de la isla y uniendo los barrios, aguas abajo de la ría, con el centro de la ciudad.

El plan se dirige a poner en valor una ciudad regionalmente integrada, definiendo nuevos comportamientos de vida y trabajo dentro del contexto de una fuerte identidad local.

En el corazón del plan de Zorrotzaurre, un sistema elegante de bloques lineales de viviendas nos define una trama rica y densa. Organizados en base a un módulo de 1.000 m², que permiten la formación del suelo para responder a la espina curvada del río, la red de la calle, y el sentido de la orientación de los edificios desde el río alto hacia la desembocadura. De esta manera, los módulos dan al plan una unidad total, mientras permite la diferenciación de distritos y grupos. La cota superior de los módulos estabiliza el nivel crítico de defensa del río, a la vez que también crea el espacio disponible para los aparcamientos subterráneos.

Uniendo este nivel crítico al desarrollo de los edificios, el paseo del lado del agua puede inundarse con las posibles fluctuaciones de la ría, permitiendo a la gente de Bilbao un más cercano compromiso con la orilla del agua. Mientras tanto, sobre las plataformas, los edificios se giran perpendicularmente a lo largo de las hoces del río, abriendo la fábrica de edificios por lo que los senderos y vistas pueden ser disfrutados por todos.

El rico esquema de los espacios públicos y privados que vemos en el plan pueden ser realizados a través de la sutil diferenciación de niveles, promocionando un fácil equilibrio entre las necesidades de la privacidad y los placeres de la vida en comunidad.

La estructura modular permite un planeamiento densamente construido para acompañar al fuerte sentido de pureza de la arquitectura, en referencia a la creación de un rico tapiz de lugares al aire libre. Los paseos del lado del agua, los parques, la avenida central de los árboles alineados, las pequeñas plazas, y los jardines públicos todos unidos van a crear una textura hecha para una vida social urbana.

(continúa en pág 4)

(viene de pag anterior)

El plan promociona el desarrollo de los tres distritos definidos que efectivamente integran con sus vecinos al otro lado del agua, estableciendo junto con ellos áreas urbanas más grandes y complejas que serán capaces de encontrar los inputs de un cambio económico regional a modo de otras regiones europeas.

Río arriba, Zorrotzaurre nos lleva a una intensificación urbana natural. Situada justo cruzando el río desde el corazón del Bilbao del siglo XIX y comunicada fácilmente con los otros centros: residenciales, de negocios, aprendizaje, medicina, ingeniería, etc., hace de esta área un distrito ideal del conocimiento económico.

La edificación que aquí se construya estará más definida y ajustada que en los otros dos distritos del río bajo, integrando el apasionante frente histórico del agua, en una potente estructura de oficinas y edificios residenciales. Los espacios intermedios y los pasajes públicos crearan un microclima y de medio ambiente que conecte la tradición y la modernidad.

Los espacios del distrito del medio, la abertura hacia el Parque Sarriko, cruzando el canal, se dibujan sobre la fuerza del paisaje para neutralizar una fuerte coherencia entre los edificios históricos de carácter diferente. Hay una gran escala seductoramente pensada para ser preservada en los más interesantes edificios industriales, con estos grandes espacios, potencialmente se pueden plantear desarrollos de pequeñas industrias, estudios, y locales basados en el arte.

Mientras tanto, la vecindad existente a escala pequeña se recoge alrededor de la iglesia local, retiene su intimidad entre los árboles de un parque adjunto, donde un pequeño anfiteatro proporciona un lugar de actuaciones al aire libre. El distrito se ofrece como un centro de artes, deportes, y ciencias del medio ambiental, conectado vía un "puente verde" a la universidad y al Parque Sarriko. La apertura del lugar crea una oportunidad para el desarrollo de los deportes con una tradición regional mayor, mientras el parque del lado del agua posibilita un importante servicio para los barrios cercanos.

Río abajo, Zorrotzaurre establecerá un concentrado urbano en el que el desarrollo del largo itinerario regional de la Ria, con un desarrollo de nuevos puentes crearán una unión esencial urbana entre las orillas del Nervión.

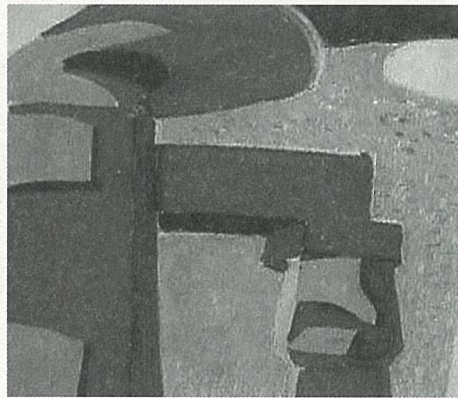
El distrito está definido por su cercana integración con el agua, con los muelles locales a pequeños barcos privados, estanques, paseos de madera para garantizar una relajada cultura a lo largo del canal. Juntos, los barrios, la formación del suelo generada por los módulos y el skyline presentan un diseño integral de una unidad diferenciada.

(Texto traducido e interpretado, con la ayuda de mi hija Cristina, de la documentación que se nos facilitó en el Museo de Bellas Artes de Bilbao en la presentación del día 6/11/04).

COLEGIO

Juan Diez del Corral

VIAJE COAR 2005: EGIPTO



sencilla: que lo decida la organización por todos nosotros pues nunca nos íbamos a poner de acuerdo ni estar todos contentos.

La ventaja del grupo grande y de gente afin es que el guirismo se hace más llevadero, o que, por lo menos, siempre podemos rérnos de nosotros mismos. En caso de acercarnos a cincuenta podríamos incluso de disponer de un autobús y guía ¡para nosotros solos!, lo que al parecer es un lujo asiático pues en la agencia me han avisado que de andar por los cuarenta es posible que la "mayorista" rellene el autobús de las visitas con otros turistas.

Bueno, vamos con los datos. Las fechas elegidas son: salida el Viernes Santo 25 de marzo y regreso el Viernes de Pascua 1 de abril. La oferta base para un grupo mínimo de 35 personas es de 891 €. Caso de ser menos, dejaríamos de ser "grupo" y el coste sería el standard. El viernes volaríamos hasta Assuan, en el alto Nilo y dormiríamos ya en el barco. El sábado se visitaría Philae y opcionalmente (95 €) Abbu Simbel en autobús. El domingo se bajaría por el Nilo visitando el Templo de Horus en Edfu. El lunes en Tebas se visitan Luxor, Karnak y el Valle de las Reinas. Ofrecen una excursión opcional (25 €) al Valle de los Reyes y Templo de Hatchepshut, pero para mí que no da tiempo a verlo todo. Los "paquetes" dicen que el orden de las visitas es orientativo..., o sea..., que los que vamos de "paquete" somos los turistas. Por lo menos durante estos primeros días no nos tenemos que ocupar de la comida porque nos lo dan todo en el barco (menos la bebida). Se vuela a el Cairo desde Luxor al final del lunes y nos instalan en un Hotel de cinco estrellas, no de "lujo", pero sí céntrico, con sólo el desayuno incluido. El martes por la mañana nos llevan a ver

las grandes pirámides, y por la tarde es opcional (50 €) el ir a Memphis a ver la mastaba de Zoser. El miércoles te dan el día libre en El Cairo para que sigas cogiendo sus "excursiones opcionales". Si optas por ir a pasar el día a Alejandría, son 105 € y si quieres que te enseñen El Cairo con el Museo Egipcio incluido, son 75 €. Suma y sigue o..., te dejas de rollos y te vas al museo y al gran bazar por tu cuenta, a ver si consigues no perder. El jueves te regalan dos excursiones: una por la mañana a ver las iglesias ortodoxas de El Cairo, y otra de despedida por la tarde noche para ver El Cairo nocturno (os prometo que no nos harán una encerrona como la de Marraquesh, que algo ya hemos aprendido...). Y el viernes, regreso a Madrid y autobús a Logroño. Ah! se me olvidaban otros 30 € más por las famosas "tasas de aeropuerto". La subvención del COAR viene siendo de 3.000 euros, pero el viaje en autobús hasta Madrid se suele comer unos 1.250, y el dossier otros 250, así que para cuarenta personas la subvención no llegará a 40 €.

¿Qué os parece? ¿Nos lo regalamos por Navidad o Reyes? Como últimamente no sólo vienen a los viajes COAR los cónyuges de los arquitectos, sino también algún hijo entusiasta de la arquitectura, he pensado que ofertar el viaje a un precio módico y hacerlo en época de regalos podría ser una buena ocasión para un obsequio familiar: así les quitamos a los hijos esa preocupación por ir a Egipto que nos ha acompañado toda la vida.

En cualquier caso el grupo tendría que estar configurado antes del 20 de enero con un depósito en la agencia del 40% del precio "base", o sea, 350 €. Recordad que la agencia que nos organiza la excursión sigue siendo Viajes Ecuador de Logroño, sita enfrente de Hacienda, agente Isabel Tobalina.

Para los que estuvimos en el Hotel Luxor de Las Vegas, el viaje al Luxor auténtico y a las pirámides de verdad, tiene que ser algo así como reformatear el ordenador cuando ya no puede más o está infectado por un virus maligno, esto es: volver al comienzo para limpiarnos toda la historia de un plumazo. Eso sí, pagando un peaje que, en este caso, es el del turista organizado y el chalaneo de las excursiones opcionales. Para apuntaros mandadme un mail a anguciana@eniac.es, me lo decís cuando me veáis, o me llamáis por teléfono.

